

PUEBLA, SOBRE EL PUEBLO Y SU CRISTIANISMO

Pedro Trigo, SJ*

Resumen: En líneas generales Puebla sigue a Medellín en su percepción de la situación del pueblo y en sus propuestas sobre él. Como han pasado once años, percibe que ha aumentado la desigualdad, que han fracasado en gran medida los esfuerzos por revertir la situación, pero que el pueblo tiene más conciencia de sus derechos y más organización, y también que tiene más apoyo en organizaciones de la sociedad civil y también de la Iglesia. También advierten que en esas organizaciones el pueblo tiene más protagonismo. Respecto de la fundamentación cristiana de la opción por los pobres, que proponen a todos y, ante todo, a sí mismos y de la primacía de los pobres en la Iglesia, hay textos espléndidos. Respecto del catolicismo popular, Puebla reconoce explícitamente que no tiene que ver solo con el ámbito devocional, sino que es un modo completo de vivir el cristianismo. Insiste en que, aunque en los actos devocionales masivos se encuentran gente de diversas clases sociales, este cristianismo integral se realiza, sobre todo, en sectores pobres. Ve sus ambigüedades, como en todos los demás, pero reconoce que es fundamentalmente positivo y que por eso la necesaria evangelización ha de partir de él.

Palabras clave: Medellín, Puebla, catolicismo popular, opción por los pobres, pueblo, institución eclesial.

Abstract: In general, Puebla follows Medellín in its perception of the situation of the people and in its proposals about it. As eleven years have passed, Puebla perceives that social inequality has increased, the efforts to reverse the situation have largely failed, but the people have more awareness of their rights and more organization, and also that they have more support in organizations of the civil society and also of the Church. Puebla also warns that in these organizations the people have more prominence. Indeed, regarding the Christian foundation of the option for the poor, and the primacy of the poor in the Church, we find splendid texts in Puebla. Regarding popular Catholicism, Puebla explicitly recognizes that it has nothing to do with the devotional field but is a complete way of living Christianity. He insists that, although mass devotional acts meet people of various social classes, this integral Christianity is carried out, above all, in poor sectors. Puebla sees its ambiguities, as in all other human realities, but Puebla also recognizes that it is fundamentally positive and so that the evangelization has to start from it.

Keywords: Medellín, Puebla, popular Catholicism, option for the poor, people, ecclesiastical institution.

* Pedro Trigo, SJ. Desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de teología en el ITER de Caracas, Agregado a la UPS de Roma, Facultad de Teología de la UCAB. Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Correo-e: trigodura@gmail.com.

1. EL PUEBLO Y EL CATOLICISMO POPULAR

Comienzo recalcando que el documento de Puebla manifiesta que se sitúa conscientemente en la línea de Medellín. Esto no es obvio porque en el año 1972 el Vaticano había intervenido el Celam colocando un secretario general frontalmente opuesto a esa línea y a Puebla asistieron todos los cardenales de la curia para imponer su autoridad. Supone, pues, una libertad realmente evangélica por parte de la asamblea hacer esta declaración: “nos situamos en el dinamismo de Medellín, cuya visión de la realidad asumimos y que fue inspiración para tantos documentos pastorales nuestros en esta década” (n° 25)¹. La razón que dan es el reconocimiento de la trascendencia de Medellín: “con la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, solemnemente inaugurada por el Santo Padre Pablo VI, de feliz memoria, se abrió en el seno de la Iglesia latinoamericana un nuevo período de su vida” (Mensaje a los pueblos de América Latina).

a) El grito de un pueblo que sufre y demanda justicia

En primer lugar, anotan que la situación ha empeorado: “de Medellín para acá, la situación se ha agravado en la mayoría de nuestros países” (487). “Han fracasado las amplias esperanzas del desarrollo y han aumentado la marginación de grandes mayorías y la explotación de los pobres” (1260). “Comprobamos, pues, como el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada, por ejemplo, en mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problemas de salud, salarios de hambre, desempleo y subempleo, desnutrición, inestabilidad laboral, migraciones masivas, forzadas y desamparadas, etc.” (29).

La causa última de este empobrecimiento la pondrían, como Medellín, en la dependencia de los centros económicos y políticos poseedores de la técnica que imponen sus condiciones, que causan este empobrecimiento: “La cultura urbano-industrial, con su consecuencia de intensa proletarización de sectores sociales y hasta de diversos pueblos, es controlada por las grandes potencias poseedoras de la ciencia y de la técnica. Dicho proceso histórico tiende a agudizar cada vez más el problema de la dependencia y de la pobreza (417).

Anotan que el modelo de desarrollo vigente hace recaer los costos de las crisis y más en general del desarrollo sobre los sectores más pobres: “Los tiempos de crisis económicas que están pasando nuestros países, no obstante

1. En adelante pondremos únicamente el número.

la tendencia a la modernización, con fuerte crecimiento económico, con menor o mayor dureza, aumentan el sufrimiento de nuestros pueblos, cuando una fría tecnocracia aplica modelos de desarrollo que exigen de los sectores más pobres un costo social realmente inhumano, tanto más injusto cuanto que no se hace compartir por todos” (50).

No solo ha empeorado la situación objetiva sino más todavía la conciencia de ella, de su injusticia insoportable: “Desde el seno de los diversos países del continente está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos” (87). Este clamor ya lo detectó Medellín. “Pudo haber parecido sordo en ese entonces. Ahora es claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante” (89).

b) La región más desigual del mundo

Esta manera, no humanista sino materialista de manejar la industrialización y el comercio provoca, dicen, citando al papa en la conferencia inaugural de la asamblea, una polarización creciente: “Hay ‘mecanismos que, por encontrarse impregnados no de un auténtico humanismo sino de materialismo, producen a nivel internacional ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres’ (Juan Pablo II, Discurso inaugural III 4: AAS 71 p. 200)” (1264).

Es crucial anotar este dato porque América Latina es la región más polarizada del mundo y esto es un escándalo intolerable. A ello se refieren múltiples textos, cada uno de los cuales pone de relieve un aspecto: “va aumentando más y más la distancia entre los muchos que tienen poco y los pocos que tienen mucho (Mensaje a los pueblos de América Latina). “La riqueza absolutizada es obstáculo para la verdadera libertad. Los crueles contrastes de lujo y extrema pobreza, tan visibles a través del continente, agravados, además, por la corrupción que a menudo invade la vida pública y profesional, manifiestan hasta qué punto nuestros países se encuentran bajo el dominio del ídolo de la riqueza. (494). “La apropiación por una minoría privilegiada de gran parte de la riqueza, así como de los beneficios creados por la ciencia y por la cultura; por otro lado, engendran la pobreza de una gran mayoría con la conciencia de su exclusión y del bloqueo de sus crecientes aspiraciones de justicia y participación. Comprobamos, con todo, que van aumentando las clases medias en muchos países de América Latina” (1208). “Las profundas diferencias sociales, la extrema pobreza y la violación de derechos humanos que se dan en

muchas partes son retos a la Evangelización. Nuestra misión de llevar Dios a los hombres y los hombres a Dios implica también construir entre ellos una sociedad más fraterna” (90). “Esa falta de respeto a la persona se manifiesta en expresiones y actitudes de quienes se juzgan superiores a otros. De aquí, con frecuencia, la situación de desigualdad en que viven obreros, campesinos, indígenas, empleadas domésticas y tantos otros sectores” (309). “En la actual situación del continente, interpela particularmente a los laicos la configuración que van tomando los sistemas y estructuras que, a consecuencia del proceso desigual de industrialización, urbanización y transformación cultural, ahondan las diferencias socio-económicas, afectando principalmente a las masas populares, con fenómenos de opresión y marginación crecientes” (778).

Esta brecha creciente contradice tan drásticamente el plan de Dios, que nos ha creado para la fraternidad, que constituye una situación de pecado: “Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas. Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de cambiar” (28). “El avance económico significativo que ha experimentado el continente demuestra que sería posible desarraigar la extrema pobreza y mejorar la calidad de vida de nuestro pueblo; si esto es posible, es, entonces, una obligación” (21).

Por eso esta situación de riqueza de pocos a costa de la pobreza de muchos exige el cambio de estructuras basado en la conversión personal, sin la que nunca se va a dar: “Al analizar más a fondo tal situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de la miseria. Estado interno de nuestros países que encuentra en muchos casos su origen y apoyo en mecanismos que, por encontrarse impregnados, no de un auténtico humanismo, sino de materialismo, producen a nivel internacional, ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres. Esta realidad exige, pues, conversión personal y cambios profundos de las estructuras que respondan a legítimas aspiraciones del pueblo hacia una verdadera justicia social; cambios que, o no se han dado o han sido demasiado lentos en la experiencia de América Latina” (30).

Como Medellín, califican a esta situación de injusticia institucionalizada, que engendra violencia: “Dicha violencia es generada y fomentada, tanto por

la injusticia, que se puede llamar institucionalizada en diversos sistemas sociales, políticos y económicos, como por las ideologías que la convierten en medio para la conquista del poder” (509).

Una violencia creciente es la exclusión. Los excluidos quieren que se revierta. Este indicador se ha exasperado a nivel mundial y es una acusación constante del papa Francisco: “la tendencia a la pauperización y a la exclusión creciente de las grandes mayorías latinoamericanas de la vida productiva. El pueblo pobre de América Latina, por tanto, ansía una sociedad de mayor igualdad, justicia y participación a todos los niveles” (1207). Esto afecta principalmente a los jóvenes: “hay muchos jóvenes indígenas, campesinos, mineros, pescadores y obreros que, por su pobreza, se ven obligados a trabajar como personas mayores. Junto a jóvenes que viven holgadamente, hay estudiantes, sobre todo de suburbios, que viven ya la inseguridad de un futuro empleo o no han encontrado su camino por falta de orientación vocacional” (1176).

La exclusión primaria que causa las demás es la educación: “La situación de pobreza de gran parte de nuestros pueblos está significativamente correlacionada con los procesos educativos. Los sectores deprimidos muestran las mayores tasas de analfabetismo y deserción escolar y las menores posibilidades de obtener empleo” (1014). Por eso para los obispos “quienes no reciben esta educación deben ser considerados como los más pobres, por lo tanto, más necesitados de la acción educadora de la Iglesia” (1034).

c) Actitudes de fondo que causan tanta injusticia y dolor

Esta situación de injusticia estructural es proclive al abandono de los valores auténticamente humanos, aunque a su vez no se daría si no hubiera personas influyentes que los hubieran abandonado completamente, entregándose al ídolo del dinero (493-497) y del poder (500,502). El documento desarrolla ampliamente este aspecto, que no se suele tematizar y que, sin embargo, es preciso hacerlo y que hoy sigue estando ausente y por consiguiente no se pone el dedo en la llaga y siguen los males que todos denuncian y lamentan: “Compartimos, por lo tanto, con nuestro pueblo las angustias que surgen de la inversión de valores, que está a la raíz de muchos males mencionados hasta ahora:

-El materialismo individualista, valor supremo de muchos hombres contemporáneos que atenta contra la comunión y la participación, impidiendo la solidaridad; el materialismo colectivista que subordina la persona al Estado.

-El consumismo, con su ambición descontrolada de ‘tener más’, va ahogando al hombre moderno en un inmanentismo que lo cierra a las virtudes

evangélicas del desprendimiento y de la austeridad, paralizándolo para la comunicación solidaria y la participación fraterna.

-El deterioro de los valores familiares básicos desintegra la comunión familiar eliminando la participación corresponsable de todos sus miembros y convirtiéndolos en fácil presa del divorcio y del abandono familiar. En algunos grupos culturales, la mujer se encuentra en inferioridad de condiciones.

-El deterioro de la honradez pública y privada; las frustraciones, el hedonismo, que impulsa a los vicios como el juego, la droga, el alcoholismo, el desenfreno sexual.

-Los rasgos culturales que hemos presentado se ven influidos fuertemente por los medios de comunicación social. Los grupos de poder político, ideológico y económico penetran a través de ellos sutilmente el ambiente y el modo de vida de nuestro pueblo. Hay una manipulación de la información por parte de los distintos poderes y grupos. Esto se realiza de manera particular por la publicidad, que introduce falsas expectativas, crea necesidades ficticias y muchas veces contradice los valores fundamentales de nuestra cultura latinoamericana y del Evangelio. El uso indebido de la libertad en estos medios lleva a invadir el campo de la privacidad de las personas generalmente indefensas. Penetra también todos los ámbitos de la vida humana (hogar, centros de trabajo, lugares de esparcimiento, calle) permanentemente" (54-58 y 62).

Los obispos condenan sin paliativos esta situación, denuncian los mecanismos concretos que la producen y suman sus esfuerzos a todos los que se empeñan en acabar con la pobreza y hacer un mundo más justo: "Comprometidos con los pobres, condenamos como antievangélica la pobreza extrema que afecta numerosísimos sectores en nuestro Continente" (1159). "Nos esforzamos por conocer y denunciar los mecanismos generadores de esta pobreza" (1160). "Reconociendo la solidaridad de otras Iglesias sumamos nuestros esfuerzos a los hombres de buena voluntad para desarraigar la pobreza y crear un mundo más justo y fraterno" (1161).

Para cortar la raíz de estos males insisten en la necesidad de conversión: "El cambio necesario de las estructuras sociales, políticas y económicas injustas no será verdadero y pleno si no va acompañado por el cambio de mentalidad personal y colectiva respecto al ideal de una vida humana digna y feliz que a su vez dispone a la conversión" (1155).

d) Quienes nos llamamos cristianos ¿vivimos la fe que profesamos?

Por eso es totalmente pertinente usar el lenguaje cristiano: "Las angustias y frustraciones han sido causadas, si las miramos a la luz de la Fe, por el pecado, que tiene dimensiones personales y sociales muy amplias. Las esperanzas y expectativas de nuestro pueblo nacen de su profundo sentido religioso y de su riqueza humana" (73).

Y este lenguaje nos lleva a los cristianos a cuestionarnos si hemos vivido y estamos dispuestos a vivir la fe que profesamos: "Las formas de injusticia que debilitan y violentan nuestra convivencia social y que se manifiestan especialmente en la extrema pobreza, en el atropello a la dignidad de la persona y en las violaciones de los derechos humanos, ponen de manifiesto que la fe no ha alcanzado aún entre nosotros su plena madurez" (1300).

Todos estamos concernidos, pero más, los que tienen el liderazgo económico y político: "Sin duda, las situaciones de injusticia y de pobreza aguda son un índice acusador de que la fe no ha tenido la fuerza necesaria para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos. En pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia. Estas que están en conexión con el proceso de expansión del capitalismo liberal (437).

e) Opción por los pobres con miras a su liberación integral

Desde esta percepción de que la pobreza reinante es índice que de no reina el amor, que es el contenido de la relación de fe, el documento renueva la opción de Medellín por los pobres, para que no sea algo meramente profesado, sino contenido concreto de la necesaria conversión: "Volvemos a tomar, con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la II Conferencia General que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres, no obstante, las desviaciones e interpretaciones con que algunos desvirtuaron el espíritu de Medellín, el desconocimiento y aun la hostilidad de otros. Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral" (1134).

Esta renovada opción por los pobres quiere ir en la línea de la que hizo Medellín: "La inmensa mayoría de nuestros hermanos siguen viviendo en situación de pobreza y aun de miseria que se ha agravado. Queremos tomar conciencia de lo que la Iglesia Latinoamericana ha hecho o ha dejado de hacer por los pobres después de Medellín, como punto de partida para la bús-

queda de pistas opcionales eficaces en nuestra acción evangelizadora, en el presente y en el futuro de América Latina” (1135).

Esta opción no puede ser meramente asistencialista, sino que debe transformar las formas de convivencia y las estructuras: “Esta opción, exigida por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos en América Latina, debe llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna y a construir una sociedad justa y libre” (1154). No se puede, pues, sustituir las exigencias, siempre costosas, de la justicia, por una “caridad” descomprometida: “Es de suma importancia que este servicio al hermano vaya en la línea que nos marca el Concilio Vaticano II: ‘Cumplir antes que nada las exigencias de la justicia para no dar como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia; suprimir las causas y no solo los efectos de los males y organizar los auxilios de tal forma que quienes los reciben se vayan liberando progresivamente de la dependencia externa y se vayan bastando por sí mismos’ (AA 8)” (1146).

Ahora bien, para trabajar con congruencia en esta dirección y denunciar con autoridad lo que se le opone es indispensable también un cambio institucional en la misma institución eclesial: “Para vivir y anunciar la exigencia de la pobreza cristiana, la Iglesia debe revisar sus estructuras y la vida de sus miembros, sobre todo de los agentes de pastoral, con miras a una conversión efectiva” (1157). Este cambio, además de cambio en el tenor de vida de sus miembros, pide el reconocimiento de los pobres como personas valiosas: “Así, presentará una imagen auténticamente pobre, abierta a Dios y al hermano, siempre disponible, donde los pobres tienen capacidad real de participación y son reconocidos en su valor” (1158).

f) Una opción realmente heroica

Quiero insistir que esta determinación tiene bastante de heroico porque esos once años entre Medellín y Puebla fueron de calumnias constantes, de sospechas, de abandono de muchos de las élites, de durísima represión, incluso de martirio. El amor, dicen, si es verdadero, tiene que estar dispuesto a sufrir las consecuencias de su ejercicio concreto: “El amor de Dios, que nos dignifica radicalmente, se vuelve por necesidad comunión de amor con los demás hombres y participación fraterna; para nosotros, hoy, debe volverse particularmente obra de justicia para los oprimidos, esfuerzo de liberación para quienes más la necesitan (...) El Evangelio nos debe enseñar que, ante las realidades que vivimos, no se puede hoy en América Latina amar de veras al hermano y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal y en

muchos casos, incluso, a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realidades temporales” (327).

Así lo concretan para los medios, especialmente expuestos a la represión: “Conocida la situación de pobreza, marginalidad e injusticia en que están sumidas grandes masas latinoamericanas y de violación de los derechos humanos, la Iglesia, en el uso de sus Medios propios, debe ser cada día más la voz de los desposeídos, aun con el riesgo que ello implica” (1094).

La denuncia duele cuando es expresión de compromiso. Así va ocurriendo, dicen, cada vez con más consistencia: “Comprobamos que Episcopados Nacionales y numerosos sectores de laicos, religiosos, religiosas y sacerdotes han hecho más hondo y realista su compromiso con los pobres. Este testimonio incipiente, pero real, condujo a la Iglesia latinoamericana a la denuncia de las graves injusticias derivadas de mecanismos opresores” (1136).

Ese compromiso con los pobres estimuló las organizaciones populares: “Los pobres, también alentados por la Iglesia, han comenzado a organizarse para una vivencia integral de su fe y, por tanto, para reclamar sus derechos” (1137). La consecuencia ha sido la represión. Los obispos reconocen que en esta represión que sigue a las denuncias los pobres han sido las primeras víctimas: “La denuncia profética de la Iglesia y sus compromisos concretos con el pobre le han traído, en no pocos casos, persecuciones y vejaciones de diversa índole: los mismos pobres han sido las primeras víctimas de dichas vejaciones” (1138).

Por eso advierten que “la situación de miseria, marginación, injusticia y corrupción que hiera a nuestro continente, exige del Pueblo de Dios y de cada cristiano un auténtico heroísmo en su compromiso evangelizador, a fin de poder superar semejantes obstáculos” (281).

g) Raíz cristiana de la opción por los pobres

Asumir la causa de los pobres es nada menos que asumir la causa de Cristo: “Y porque creemos que la revisión del comportamiento religioso y moral de los hombres debe reflejarse en el ámbito del proceso político y económico de nuestros países, invitamos a todos, sin distinción de clases, a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo. ‘Todo lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos, por humildes que sean, a mí me lo hicisteis’ (Mt 25, 40)” (Mensaje 3). “*La evangelización de los pobres fue para Jesús uno*

de los signos mesiánicos y será también para nosotros, signo de autenticidad evangélica" (1130).

El servicio a los pobres mide el grado de seguimiento de Cristo: "Acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo, hacemos lo que Cristo nos enseñó, al hacerse hermano nuestro, pobre como nosotros. Por eso el servicio a los pobres es la medida privilegiada, aunque no excluyente, de nuestro seguimiento de Cristo. El mejor servicio al hermano es la evangelización que lo dispone a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente" (1145).

Esto es así porque Jesús fue un pobre que asumió solidariamente su situación: "Debemos presentar a Jesús de Nazaret compartiendo la vida, las esperanzas y las angustias de su pueblo (176). Y lo hizo así por ser ese el contenido medular de su misión: "Jesús de Nazaret nació y vivió pobre en medio de su pueblo Israel, se compadeció de las multitudes e hizo el bien a todos (...) Jesús, ungido por el Espíritu Santo para anunciar el Evangelio a los pobres, para proclamar la libertad a los cautivos, la recuperación de la vista a los ciegos y la liberación a los oprimidos" (190).

Y Jesús fue un pobre que optó por los pobres porque esa es la opción de su Padre. Ahora bien, Dios opta por los pobres porque lo son: esa es la razón de fondo: "Por esta sola razón, los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios, para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aun escarnecida. Por eso Dios toma su defensa y los ama. Es así como los pobres son los primeros destinatarios de la misión y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús" (1142). Esta preferencia gratuita, incondicional, es la que expresa las bienaventuranzas de Lucas, que no toman en cuenta la actitud de los pobres. Ella será consecuencia de saber y aceptar esta predilección inmerecida de Dios que tanto los dignifica, superando el estigma social de la pobreza.

Como les dijo el papa a los pobladores de un barrio, en su visita a México con ocasión de la conferencia de Puebla: "sois los predilectos de Dios. Él mismo, al fundar su familia, la Iglesia, tenía presente a la humanidad pobre y necesitada. Para redimirla envió precisamente a su Hijo, que nació pobre y vivió entre los pobres para hacernos ricos en su pobreza (Cf. 2Cor 8, 9)" (Juan Pablo II, Alocución en el Barrio de Santa Cecilia: AAS 71 p. 220)" (1143).

Por eso la opción por los pobres se propone en primer lugar a los mismos pobres pidiéndoles que sean pobres como Jesús: luchado desde la pobreza por su liberación y la de sus hermanos: "La opción preferencial por los pobres

tiene como objetivo el anuncio de Cristo Salvador que los iluminará sobre su dignidad, los ayudará en sus esfuerzos de liberación de todas sus carencias y los llevará a la comunión con el Padre y los hermanos, mediante la vivencia de la pobreza evangélica. ‘Jesucristo vino a compartir nuestra condición humana con sus sufrimientos, sus dificultades, su muerte. Antes de transformar la existencia cotidiana, él supo hablar al corazón de los pobres, liberarlos del pecado, abrir sus ojos a un horizonte de luz y colmarlos de alegría y esperanza. Lo mismo hace hoy Jesucristo’” (1153).

Luchar contra la pobreza con los mismos sentimientos y actitud de Jesús libera a los pobres de la tentación consumista: “La exigencia evangélica de la pobreza, como solidaridad con el pobre y como rechazo de la situación en que vive la mayoría del continente, libra al pobre de ser individualista en su vida y de ser atraído y seducido por los falsos ideales de una sociedad de consumo” (1156).

El testimonio de una Iglesia pobre puede convertirse en un estímulo para que también los ricos se conviertan: “De la misma manera, el testimonio de una Iglesia pobre puede evangelizar a los ricos que tienen su corazón pegado a las riquezas, convirtiéndolos y liberándolos de esa esclavitud y de su egoísmo” (1156). Porque la opción por los pobres no es excluyente: “Nuestras preocupaciones pastorales por los miembros más humildes, impregnadas de humano realismo, no intentan excluir de nuestro pensamiento y de nuestro corazón a otros representantes del cuadro social en que vivimos. Por el contrario, son serias y oportunas advertencias para que las distancias no se agranden, los pecados no se multipliquen y el Espíritu de Dios no se aparte de la familia latinoamericana” (Mensaje a los pueblos de América Latina 3).

h) Rostros “revulsivos” de Cristo

Este anclaje teológico y cristológico de la opción por los pobres, radicaliza esta opción. Impide que sea una mera opción estratégica considerándolos los sujetos de la futura revolución socialista o los promovidos que pueden ocupar satisfactoriamente los puestos de trabajo emergentes por el proceso de modernización. Por eso, en contra de la tendencia a identificar al pobre con el pacíficamente resignado a su situación, el pobre agradecido a bienhechores y de buenas costumbres, el documento presenta los rostros más hirientes de la pobreza, pidiéndonos que reconozcamos en ellos el rostro del Señor sufriente y que por eso nos dejemos interpelar por ellos, en vez de voltearnos para no verlos o, peor aún, estigmatizarlos: “La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que debe-

riamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela:

-Rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar.

-Rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación.

-Rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que, viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres.

-Rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan.

-Rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos.

-Rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos.

-Rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales.

-Rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen” (31-39).

Se necesita una reeducación en la sensibilidad cristiana y más en general cultural para ver y sentir en esos rostros concretísimos a nuestro mismo Señor sufriente. Pero esa reeducación no se obtendrá sino a través de la vuelta al evangelio y a los mismos pobres. A eso urgen: “Sobre todo, es importante que, en comunidad, revisemos nuestra comunión y participación con los pobres, los humildes y sencillos. Será, por tanto, necesario escucharlos, acoger lo más profundo de sus aspiraciones, valorizar, discernir, alentar, corregir, dejando que el Señor nos guíe para hacer efectiva la unidad con ellos en un mismo cuerpo y en un mismo espíritu” (974).

i) La buena nueva de que esta opción se está dando en nuestra Iglesia

El documento recoge los frutos de lo que sembró Medellín en la Iglesia y se alegra de que este proceso esté en pleno desarrollo. Ante todo, lo consigna de modo global: “Ante sí misma urgida por un pueblo que pide el pan de la Palabra de Dios y demanda la justicia; en actitud de escuchar ese pueblo profundamente religioso y por la misma razón pueblo que pone en Dios toda su confianza, la Iglesia, en estos últimos diez años, ha realizado grandes esfuerzos para dar una respuesta pastoral adecuada” (93). Ven como un signo de esperanza “la acción pastoral comunitaria intensa de los sacerdotes, los religiosos y las religiosas en las zonas más pobres” (1309).

Primero se refieren a los pastores: “La forma de vida de muchos pastores ha crecido en sencillez y pobreza, en mutuo afecto y comprensión, en acercamiento al pueblo, en apertura al diálogo y en corresponsabilidad” (666).

Seguidamente a la vida religiosa: “La apertura pastoral de las obras y la opción preferencial por los pobres es la tendencia más notable de la vida religiosa latinoamericana. De hecho, cada vez más, los religiosos se encuentran en zonas marginadas y difíciles, en misiones entre indígenas, en labor callada y humilde. Esta opción no supone exclusión de nadie, pero sí una preferencia y un acercamiento al pobre” (733). Esta opción “ha puesto en una luz más clara su relación con la pobreza de los marginados, que ya no supone solo el desprendimiento interior y la austeridad comunitaria, sino también el solidarizarse, compartir y en -algunos casos- convivir con el pobre” (734). Por eso se señala expresamente que “la presencia de los religiosos en las zonas pobres y difíciles se ha intensificado. Tienen a su cargo la mayoría de las misiones entre indígenas” (121).

Luego se refieren a la creatividad de este período señalando realizaciones significativas: “La conciencia de la misión evangelizadora de la Iglesia la ha llevado a publicar en estos últimos diez años numerosos documentos pastorales sobre la justicia social; a crear organismos de solidaridad con los que sufren, de denuncia de los atropellos y de defensa de los derechos humanos; a alentar la opción de sacerdotes y religiosos por los pobres y marginados; a soportar en sus miembros la persecución y, a veces, la muerte, en testimonio de su misión profética” (92).

Señala que esta dirección vital ha tenido un fruto muy estimable por ser muy evangélico: “Su firme defensa de los derechos humanos y su compromiso con una promoción social real la han acercado más al pueblo” (83).

A través de esta cercanía han ido superando la relación ilustrada, que en el mejor de los casos es una relación de entrega personalizada, pero unidireccional, porque consideran que, sin culpa alguna de su parte, los pobres son los que no tiene cómo tener y por tanto no tienen nada que dar. La han superado porque han llegado a palpar el potencial evangelizador de los pobres: “El compromiso con los pobres y los oprimidos y el surgimiento de las Comunidades de Base han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto la interpelan constantemente, llamándola a la conversión y por cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios” (1147).

Lo más característico de ese tiempo de gracia que Puebla reconoce tiene que ver con el desarrollo y la múltiple actividad de las Comunidades Eclesiales de Base: “Las Comunidades Eclesiales de Base que en 1968 eran apenas una experiencia incipiente, han madurado y se han multiplicado, sobre todo en algunos países, de modo que ahora constituyen motivo de alegría y esperanza para la Iglesia. En comunión con el Obispo y como lo pedía Medellín, se han convertido en focos de Evangelización y en motores de liberación y desarrollo” (96).

La consecuencia de que esta opción la hayan hecho bastantes pobres es que el pueblo “donde ha tenido oportunidades para capacitarse y organizarse ha mostrado que puede superarse y obtener sus justas reivindicaciones” (20). En concreto constatan que “han proliferado las organizaciones comunitarias, como movimientos cooperativistas, etc., sobre todo en sectores populares” (18).

Por eso, como fruto de ese aprendizaje respecto del pueblo, hacen unánime apreciación que parece desmesurada en esa generalización, pero que como tendencia e impregnación ambiental tuvo bastante de verdadera: “*Aparece palpable en América Latina la pobreza como sello que marca a las inmensas mayorías, las cuales al mismo tiempo están abiertas, no solo a las Bienaventuranzas y a la predilección del Padre, sino a la posibilidad de ser los verdaderos protagonistas de su propio desarrollo*” (1129).

Nos parece muy oportuno traer a la memoria todo esto que hemos vivido no solo en Nuestra América sino también en nuestro país. Todos los que lo hemos vivido lo consideramos como un tiempo de gracia, de “comunión y participación”, como lo teorizó Puebla (es el contenido de la tercera parte del documento), pero sin el corporativismo que tiene esta expresión en muchas de sus páginas. Realmente que nos llevamos mutuamente en la fe, en el amor cristiano y en la vida concreta. Y por eso todo se sumaba y componía; cada

quien daba lo mejor de sí y recibía lo mucho bueno de los demás y todos nos enriquecíamos y lo propagábamos por los ambientes. Y todo esto, desde la conciencia de que la realidad nos superaba, de que éramos llevados, aunque poníamos lo mejor de nosotros mismos, pero conscientes de nuestra debilidad y fragilidad como personas, como grupos y como movimiento. Nos parecía que el efecto superaba la causa. Por eso íbamos con alegría.

Lo recordamos precisamente ahora porque con el papa Francisco pasó el invierno eclesial y aunque vivimos en una situación de pecado, mucho peor que la de aquel tiempo, estamos en tiempo oportuno que no podemos desaprovechar. Precisamente el año de Puebla fue el primero en que el poder adquisitivo del pueblo empezó a bajar en nuestro país. Ahora estamos incomparablemente peor, pero el Señor nos pide que volvamos al amor primero, con todo lo aprendido en el camino y apoyados en todo lo bueno que no solo sobrevive, sino que se ha incrementado exponencialmente en una parte de nuestro pueblo, que nos ayuda enormemente cuando lo ayudamos fraternamente. No se trata de trasponer nada mecánicamente sino de comprender que, si lo hicimos en obediencia al impulso del Espíritu y muy conscientes de nuestra pobreza, hoy también lo podremos hacer.

j) Líneas de acción para operativizar e institucionalizar esta opción

Ante todo, se dirigen a ellos mismos: “Como Pastor que se empeña en la liberación integral de los pobres y de los oprimidos, obra siempre con criterios evangélicos” (696). “En total fidelidad al Evangelio y sin perder de vista nuestro carisma de signo de unidad y pastor, hacer comprender por nuestra vida y actitudes, nuestra preferencia por evangelizar y servir a los pobres” (707). En la planificación pastoral insisten en “la preocupación preferencial en defender y promover los derechos de los pobres, los marginados y los oprimidos” (1217).

Después, a los presbíteros: “Den los presbíteros prioridad en su ministerio al anuncio del Evangelio a todos, pero muy especialmente a los más necesitados (obrereros, campesinos, indígenas, marginados, grupos afroamericanos), integrando la promoción y defensa de su dignidad humana” (711).

También, a los religiosos: “haciéndose todo para todos, tienen como privilegiados a los pobres, predilectos del Señor” (743). “Alentar a los religiosos a que asuman un compromiso preferencial por los pobres” (769).

Luego, a los laicos: “En todos los casos, el laico deberá buscar y promover el bien común en defensa de la dignidad del hombre y de sus derechos inalienables en la protección de los más débiles y necesitados, en la construcción

de la paz, de la libertad, de la justicia; en la creación de estructuras más justas y fraternas” (792).

No olvidan a los jóvenes: “Los invita a que se comprometan eficazmente en una acción evangelizadora sin excluir a nadie, de acuerdo con la situación que viven y teniendo predilección por los más pobres” (1188).

Se refieren también expresamente a los trabajadores del campo y la ciudad: “Apoyamos las aspiraciones de los obreros y campesinos, que quieren ser tratados como hombres libres y responsables, llamados a participar en las decisiones que conciernen a su vida y a su futuro y animamos a todos a su propia superación” (1162). “Defendemos su derecho fundamental a ‘crear libremente organizaciones para defender y promover sus intereses y para contribuir responsablemente al bien común’” (1163).

Habiendo insistido en que la falta de educación causaba exclusión, determinan: “Dar prioridad en el campo educativo a los numerosos sectores pobres de nuestra población, marginados material y culturalmente, orientando preferentemente hacia ellos, de acuerdo con el Ordinario del lugar, los servicios y recursos educativos de la Iglesia” (1043). Apoyan una alfabetización que incluya la concientización y la capacitación a todos los niveles: “Acompañar la alfabetización de los grupos marginales con acciones educativas que los ayuden a comunicarse eficazmente; tomar conciencia de sus deberes y derechos; comprender la situación en que viven y discernir sus causas; capacitarse para organizarse en lo civil, lo laboral y político y poder así participar plenamente en los procesos decisorios que les atañen” (1045). Apoyan una educación que no extrañe de la propia cultura sino que la revitalice: “Promover la educación popular (educación informal) para revitalizar nuestra cultura popular, alentando ensayos que por medio de la imagen y el sonido hagan creativamente manifiestos los valores y símbolos hondamente cristianos de la cultura latinoamericana” (1047).

Entendiendo que estamos entrando en la mundialización proponen también un diálogo para defender a este nivel global los derechos de las personas, sobre todo, de los pobres: “Promover en los diversos niveles y sectores en que el diálogo se establece, un compromiso común decidido en la defensa y promoción de los derechos fundamentales de todo el hombre y de todos los hombres, especialmente de los más necesitados, colaborando en la edificación de una nueva sociedad más justa y más libre” (1119) y que esta defensa se traduzca jurídicamente: “se creen nuevas formas de protección que basadas en la justicia, garanticen la promoción auténticamente humana de la creciente muchedumbre de los desamparados” (1287).

Un anhelo decisivo es la petición de que los especialistas en tecnologías de punta “apliquen la fuerza de la tecnología a la creación de bienes y a la invención de medios destinados a rescatar al hombre del subdesarrollo” (1240).

2. CARACTERIZACIÓN DEL CATOLICISMO POPULAR LATINO AMERICANO Y SU TRASCENDENCIA

Respecto de la nomenclatura el texto considera equivalentes la religión del pueblo, la religiosidad popular y la piedad popular. De suyo no lo son. Religión es un sustantivo, religiosidad es un adjetivo y piedad expresa entre nosotros el ámbito devocional. Religión puede referirse a las formas institucionalizadas que tiene el pueblo para relacionarse con Dios o al modo concreto como el pueblo expresa su relación con Dios y su vida a partir de esa relación. Religiosidad indicaría las insistencias del pueblo en su modo de asumir la religión cristiana. Piedad se restringiría al ámbito devocional. Ahora bien, de modo más amplio podría discutirse si el cristianismo puede ser encajonado en el ámbito de la religión o si su referencia básica está en la vida. La pregunta no es ociosa porque, si bien suponemos que Jesús de Nazaret cumplió con la ley y el templo, nunca lo vemos en los evangelios en un acto de culto, lo que significaría que no sería algo significativo en su vida. Esta apreciación viene confirmada por el hecho de que nada dice sobre el templo en su propuesta, y que predijo la destrucción del templo y en su boca se pone que ya no se adorará a Dios en templos. Por eso los cristianos de Antioquía, venidos del paganismo, fueron llamados cristianos porque eran muy religiosos, pero no tenían ninguna religión y lo que los caracterizaba era la referencia a Cristo, Jesús de Nazaret, ungido por el Espíritu de Dios.

Teniendo todo esto como telón de fondo, pasemos a la caracterización programática de esta religión: “Por religión del pueblo, religiosidad popular o piedad popular, entendemos el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, de las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado. La religión del pueblo latinoamericano, en su forma cultural más característica, es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular” (444).

Como se ve, entienden un todo completo: creencias, que dicen selladas por Dios, actitudes que impregnan a las personas hasta caracterizarlas y expresiones, tanto prácticas como simbólicas. De esa globalidad así caracteriza-

da se afirma que es expresión de fe católica. Como se ve, esta caracterización contiene una apreciación muy alta de ese modo de vivir el pueblo su cristianismo. Para ellos el sujeto de esta religión es el pueblo latinoamericano, es decir, los que se consideren pertenecientes a él, sean de la clase que sean, siempre que en este aspecto se consideren pueblo.

Tratemos de desglosar esta caracterización sintética con la ayuda de un texto clave: “La religiosidad del pueblo, en su núcleo, es un acervo de valores que responde con sabiduría cristiana a los grandes interrogantes de la existencia. La sapiencia popular católica tiene una capacidad de síntesis vital; así conlleva creadoramente lo divino y lo humano (...) Esa sabiduría es un humanismo cristiano que afirma radicalmente la dignidad de toda persona como hijo de Dios, establece una fraternidad fundamental, enseña a encontrar la naturaleza y a comprender el trabajo y proporciona las razones para la alegría y el humor, aun en medio de una vida muy dura” (448).

Esa sabiduría popular es una sabiduría de la vida que contiene una verdadera síntesis vital. Una sabiduría que puede ser calificada como sabiduría cristiana. Más concretamente es un humanismo cristiano cuyos contenidos básicos serían muy medulares: la dignidad de la persona como hija de Dios, la fraternidad, el sentido de la naturaleza y el trabajo y el modo de vivir con humor, aun en la dureza de la vida.

a) Grado de realización del catolicismo popular. Los pobres con espíritu como realización paradigmática

Nosotros sí creemos que en la cultura latinoamericana está arraigado este imaginario, es decir, que configura un horizonte compartido. Aunque eso no signifique se sea un valor de uso, es decir, que esté tan interiorizado que se viva personalmente, de tal manera que resista al horizonte de los medios de comunicación que lo desconocen y en muchos aspectos lo niegan porque siguen el dictado de la sociedad tecnocrática del consumo, radicalmente individualista y materialista.

Creo que hay que reconocer como una riqueza de Nuestra América que no pocos han asumido este horizonte y con mayor o menor coherencia lo viven. En mi experiencia y en lo que conozco, el núcleo duro de este modo de vivir lo configuran los pobres con espíritu, que no creo que sean mayoría, pero sí son altamente significativos: la verdadera riqueza de la Iglesia y de la sociedad, aunque esta, por lo menos el orden establecido, no lo reconozca.

Esto lo afirma el documento expresa y consecuentemente. Veamos dos textos: “Es una cultura que, conservada en un modo más vivo y articulador de

toda la existencia en los sectores pobres, está sellada particularmente por el corazón y su intuición. Se expresa no tanto en las categorías y organización mental características de las ciencias, cuanto en la plasmación artística, en la piedad hecha vida y en los espacios de convivencia solidaria” (414). Así pues, quienes conservan este modo de vivir de manera más actuante, de tal modo que llega a ser el centro articulador de su existencia, son los pobres. No lo viven en las categorías de la modernidad sino con el corazón, como intuición, que se traduce tanto en la relación con Dios en la vida como en la convivencia solidaria.

Insistimos en que no todos los pobres viven así. La miseria es proclive a la degradación humana, a la dependencia o al revanchismo, a vivir sin ley. Se precisa que estas relaciones con Dios y con los demás desde ese núcleo más genuino tengan tanta asiduidad y densidad que venzan esa propensión. Éstos son precisamente los pobres con espíritu.

Veamos el segundo texto: “La religiosidad popular si bien sella la cultura de América Latina, no se ha expresado suficientemente en la organización de nuestras sociedades y estados. Por ello deja un espacio para lo que S. S. Juan Pablo II ha vuelto a denominar ‘estructuras de pecado’ (Juan Pablo II, Homilía Zapopán 3: AAS 71 p. 230). Así la brecha entre ricos y pobres, la situación de amenaza que viven los más débiles, las injusticias, las postergaciones y sometimientos indignos que sufren, contradicen radicalmente los valores de dignidad personal y hermandad solidaria (...) Por su parte, el pueblo, movido por esta religiosidad, crea o utiliza dentro de sí, en su convivencia más estrecha, algunos espacios para ejercer la fraternidad, por ejemplo: el barrio, la aldea, el sindicato, el deporte. Y entre tanto, no desespera, aguarda confiadamente y con astucia los momentos oportunos para avanzar en su liberación tan ansiada” (452).

Ya nos hemos referido abundantemente a esta brecha entre ricos y pobres que configura una situación de pecado. Es cierto que esta situación niega la dignidad personal y la fraternidad solidaria (Cf. 454), que, como indicamos, creo que todavía caracterizan a la cultura latinoamericana. Creo también que el pueblo trata de crear y preservar espacios para ejercer la fraternidad. Aunque lo tiene cada vez más difícil.

b) Trascendencia y cercanía de Dios

Veamos otro texto que contiene caracterizaciones muy certeras: “Esta cultura, impregnada de fe y con frecuencia sin una conveniente catequesis, se manifiesta en las actitudes propias de la religión de nuestro pueblo, penetra-

das de un hondo sentido de la trascendencia y, a la vez, de la cercanía de Dios. Se traduce en una sabiduría popular con rasgos contemplativos, que orienta el modo peculiar como nuestros hombres viven su relación con la naturaleza y con los demás hombres; en un sentido del trabajo y de la fiesta, de la solidaridad, de la amistad y el parentesco. También en el sentimiento de su propia dignidad, que no ven disminuida por su vida pobre y sencilla” (413).

El texto se refiere, como el que analizamos, a la sabiduría de la vida, que se aplica, tanto en la convivencia como en la relación con la naturaleza y el trabajo. Además, especifican el sentido de la amistad y la familia y el de la fiesta. Pero lo que nos parece más perspicaz es el señalamiento de que esta actitud religiosa popular está caracterizada a la vez por el sentido de la trascendencia y de la cercanía de Dios. Aparentemente ambas actitudes parecen contrarias; pero ciertamente conviven. Aparece más claro en los pobres con espíritu. Para ellos Dios es Dios, que no puede ser confundido con nada y que de suyo es absolutamente inalcanzable e inmanipulable. Pero ese Dios, más allá de lo que podemos pensar, se ha vuelto, por su infinita misericordia, incondicionalmente cercano. Sigue siendo libre e inmanipulable, pero está siempre con nosotros. Precisamente lo que caracteriza a estos pobres es su interlocución continua con Dios. No están con él cara a cara sino codo a codo, comentando con él todo lo que pasa y lo que les pasa, comentándolo con la misma libertad que Dios tiene con ellos y por eso discutiendo también con Dios y a veces muy acremente, pero en definitiva entregándose a su conducción.

c) ¿En qué sentido tiene encarnada la palabra de Dios? Necesidad de transmitirla sistemáticamente

Otro texto nos aporta nuevas luces: “La piedad popular conduce al amor de Dios y de los hombres y ayuda a las personas y a los pueblos a tomar conciencia de su responsabilidad en la realización de su propio destino. La auténtica piedad popular, basada en la Palabra de Dios, contiene valores evangelizadores que ayudan a profundizar la fe del pueblo” (935).

Queremos destacar dos aspectos que juzgamos especialmente relevantes. El primero es que este amor a Dios y a los seres humanos, si tiene, insistimos, suficiente consistencia, como lo tiene en los pobres con espíritu, los lleva a tomar conciencia de su responsabilidad y a asumirla. Creo que esta responsabilidad hay que entenderla en la línea de un texto clave del Concilio: “somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia” (GS 55). A las alturas de Puebla, a once años del dinamismo

que desató Medellín, es cierto como dice el mismo documento y nosotros hemos reseñado, que muchos pobres con espíritu, organizados en grupos y comunidades, estaban responsabilizándose concretamente de ellos mismos, de diversos aspectos en su medio y de la transformación política y social.

El segundo aspecto es el que tiene que ver con la afirmación reiterada de que este modo de vivir el cristianismo está basado en la Palabra de Dios. Hasta ahora hemos insistido, de acuerdo con los textos reseñados, en su relación con Dios. De entrada, para la mayoría Jesús es Dios con cuerpo humano para que lo podamos ver y para que pueda padecer. La Palabra, la Biblia, sobre todo los evangelios, que son su corazón, no fue accesible al pueblo hasta el Vaticano II, es decir hasta que aquellos miembros de la institución eclesial que lo aceptaron, que en América Latina fueron minoría, entregaron la Biblia al pueblo. La primera edición de la Biblia Latinoamericana, creada y difundida por los que habían aceptado Medellín, se publicó en Chile en 1972, aunque su difusión masiva fue más tardía. Es más, su primera utilización en las comunidades fue al modo de “dicta probantia”, que era el modo como la usaba la teología católica, ya de antiguo, pero, sobre todo, desde Trento: primero se traía un hecho de vida, luego el agente pastoral señalaba un pasaje de la Biblia que lo ilustraba o le daba sentido. Como se ve, la Biblia se leía para comprobar lo que el agente pastoral juzgaba cristianamente de la realidad. No era la Biblia, sobre todo los evangelios como narración de la vida de Jesús, la referencia fundante a cuya luz se leía la realidad. Muy poco a poco fue entrando la lectura corrida de los evangelios y menos difundido está todavía el hábito de preguntarse qué dice el pasaje y solo luego, cuando se haya visto claro lo que dice, qué me dice y nos dice hoy.

Es cierto que la primera evangelización, la que llevaron a cabo los frailes reformados, que fueron casi los únicos que evangelizaron en la etapa de evangelización fundante, antes de que el cristianismo fuera expresión de la Iglesia colonial, sí comunicaron la Biblia y sobre todo los evangelios, y de ellos abundan los testimonios escritos. Pero eso fue abandonado a medida que fue entrando Trento.

El documento señala que hubo una trasmisión horizontal a través que quienes mantuvieron viva esta fe recibida y que esa trasmisión sigue viva a través de estas personas: “La religiosidad popular no solamente es objeto de evangelización, sino que, en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios, es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo” (450). En este sentido genérico podría hablarse de que en último término está basada en la Palabra de Dios. Pero yo creo que la base la constituye el de-

jarse llevar por el Espíritu, que es conjuntamente el de Dios y el de Jesús. Por eso hablamos de pobres con Espíritu. Así interpretaría yo la expresión muy feliz de que “contiene encarnada la Palabra de Dios”. No la tiene en la cabeza como algo aprendido sino en su corazón al dejarse llevar por el Espíritu de la Palabra.

La transmisión de la Palabra es la asignatura en gran medida pendiente y por eso lo que promueven los textos de Puebla. Pongamos un ejemplo luminoso ya que insiste en apoyarse en lo que los primeros evangelizadores sembraron fecundamente en el corazón del pueblo y en la proclamación precisamente de los evangelios, que son el corazón de toda la Biblia, como lo afirma tantas veces el papa Francisco: “Como toda la Iglesia, la religión del pueblo debe ser evangelizada siempre de nuevo (...) Será una labor de pedagogía pastoral, en la que el catolicismo popular sea asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio. Esto implica en la práctica, reanudar un diálogo pedagógico, a partir de los últimos eslabones que los evangelizadores de antaño dejaron en el corazón de nuestro pueblo. Para ello se requiere conocer los símbolos, el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo, con el fin de lograr, en un diálogo vital, comunicar la Buena Nueva mediante un proceso de reinformación catequética” (457).

d) Las comunidades eclesiales de base embrión de la renovación del catolicismo popular

El documento afirma que esta transmisión, no solo de la Palabra sino de todo lo positivo que hemos reseñado, se ha dado, sobre todo, en las comunidades. Es lo que corroboramos nosotros en nuestro caso de Venezuela, aunque también tenemos que afirmar que no pocos pobres de espíritu, que no han tenido acceso a ellas, siguen viviéndolo y, aunque con creciente dificultad, transmitiéndolo. Ofrecemos un texto significativo: “Se comprueba que las pequeñas comunidades, sobre todo las Comunidades Eclesiales de Base crean mayor interrelación personal, aceptación de la Palabra de Dios, revisión de vida y reflexión sobre la realidad, a la luz del Evangelio; se acentúa el compromiso con la familia, con el trabajo, el barrio y la comunidad local. Señalamos con alegría, como importante hecho eclesial particularmente nuestro y como ‘esperanza de la Iglesia’ (EN 58), la multiplicación de pequeñas comunidades. Esta expresión eclesial se advierte más en la periferia de las grandes ciudades y en el campo. Son ambiente propicio para el surgimiento de los nuevos servicios laicales. En ellas se ha difundido mucho la catequesis familiar y la educación de la fe de los adultos, en formas más adecuadas al pueblo sencillo” (629).

Por eso proponen como línea de acción fomentarlas: “Como pastores, queremos decididamente promover, orientar y acompañar las Comunidades Eclesiales de Base, según el espíritu de Medellín y los criterios de la *Evangelii Nuntiandi* 58; favorecer el descubrimiento y la formación gradual de animadores para ellas” (648).

Habían señalado con alegría que estas comunidades se estaban multiplicando en las periferias de las grandes ciudades. Ahora se refieren a la necesaria transformación del cristianismo en ellas: “en las grandes urbes del continente, donde la piedad popular está expresándose espontáneamente en modos nuevos y enriqueciéndose con nuevos valores madurados en su propio seno. En esa perspectiva, deberá procurarse por que la fe desarrolle una personalización creciente y una solidaridad liberadora. Fe que alimente una espiritualidad capaz de asegurar la dimensión contemplativa, de gratitud frente a Dios y de encuentro poético, sapiencial, con la creación. Fe que sea fuente de alegría popular y motivo de fiesta aun en situaciones de sufrimiento” (466). La novedad consiste en que en el barrio no están los referentes del catolicismo popular campesino: ni la comunidad como sujeto y destinatario, ni la fecundidad de la tierra, ni el santo patrón, ni las imágenes tradicionales ni las fiestas establecidas. Todo tiene que personalizarse, pero como insiste el texto, la personalización no puede ser individualista sino solidaria. Es la convivialidad que caracteriza a lo más personalizado de los pobladores de barrios. Ahora bien, quienes no asumen en sus manos este proceso de reformulación del catolicismo que vivían, cada vez tienen menos ayuda para continuar actuándolo en ese nuevo hábitat falto de las referencias nutrientes habituales.

Por eso se proponen en la necesaria nueva evangelización, evangelizar esta vivencia cristiana de la gente de los barrios pobres: “uno de los fundamentales cometidos del nuevo impulso evangelizador ha de ser actualizar y reorganizar el anuncio del contenido de la evangelización partiendo de la misma fe de nuestros pueblos, de modo que éstos puedan asumir los valores de la nueva civilización urbano-industrial, en una síntesis vital cuyo fundamento siga siendo la fe en Dios y no el ateísmo, consecuencia lógica de la tendencia secularista” (436).

El problema mayor para esta nueva evangelización es que “exige, antes que todo, amor y cercanía al pueblo” (458). Exige lo que hizo Jesús y ponen de relieve estos documentos de Medellín y Puebla, encarnarse, no genéricamente, en la humanidad, sino concretamente en la humanidad pobre. Así lo reconoce el documento: “la Iglesia se enfrenta con el problema: lo que no

asume en Cristo, no es redimido” (469). Creemos que la institución eclesiástica, atemorizada por el rechazo de las élites de este cambio de lugar social, desalentada por la dirección del Vaticano, que de hecho lo desestimuló por un miedo meramente ideológico al comunismo, y sin aliciente espiritual para sufrir tantas incomodidades y estrecheces, no asumió, fuera de minorías cada vez más exiguas, al pueblo pobre latinoamericano. Lo que sigue en pie, sigue por estas minorías y por el impulso, que no cesa, de los pobres con espíritu.

e) La expresión simbólica de la fe en el pueblo cristiano

Esto es lo más medular y trascendente y, por supuesto, actual de lo que dice Puebla sobre la religión del pueblo o, mejor, sobre el catolicismo popular. En lo dicho hasta ahora habría que entender estos términos en el sentido preciso del modo concreto como el pueblo expresa su relación con Dios y su vida a partir de esa relación. Como se ha visto, la relación con Dios, me refiero sobre todo a los pobres con espíritu, se realiza sobre todo en la vida y en la vida se expresa lo que sale de esa relación.

Ahora bien, los seres humanos somos animales simbólicos y lo es de manera muy señalada el pueblo latinoamericano. Por eso esta dimensión, como hemos apuntado, siguiendo a los textos, tiene en él un lugar destacado. Ante todo, el lenguaje, que no es solo denotativo sino que está teñido de sentimiento e imaginación y expresa agudamente el tipo de relación con los que habla. También están muchos gestos cotidianos, entre ellos los de ayuda mutua, que no expresan únicamente la atención a una necesidad tangible sino una relación personalizada. También el compartir tiene una connotación comunal y a la vez celebrativa. Todo esto y mucho más que podríamos señalar suele ser vehículo de expresión de la vivencia cristiana fraterna. Además, obviamente, de la relación con Dios en la oración, altamente personalizada, como vimos, en los pobres de espíritu y de otras devociones.

f) Manifestaciones públicas del catolicismo popular tradicional

El documento expone, sobre todo, las devociones públicas, como fiestas religiosas, procesiones y peregrinaciones. Veamos un texto significativo: “La revalorización de la religiosidad popular, a pesar de sus desviaciones y ambigüedades, expresa la identidad religiosa de un pueblo y, al purificarse de eventuales deformaciones, ofrece un lugar privilegiado a la Evangelización. Las grandes devociones y celebraciones populares han sido un distintivo del catolicismo latinoamericano, mantienen valores evangélicos y son un signo de pertenencia a la Iglesia” (109).

¿Qué decir de esta manera de considerarlas? Ante todo, hay que reconocer que expresan una identidad cultural. Por eso, muchas personas que han abandonado la práctica cristiana siguen realizándolas como señal de pertenencia, no a la Iglesia, sino a esa cultura. Como ve que la globalización prescinde de ese tipo de manifestaciones, tiende a afincarse en ellas para no perder su identidad. Ahora bien, al hacerlo, si lo hacen conscientemente, sí reafirman valores cristianos que no están en la cultura globalizada que promueven los medios. Otros practican, a veces en el mejor de los sentidos, un comercio sagrado: le ofrecen a Dios, a Jesús o al ser de la corte divina al que se refieren, algo para ellos valioso e incluso expresión de su ser, esperando recibir a cambio favores concretos de cosas que necesitan o a las que aspiran. No pocos también participan para no perder un aspecto de su ser, el religioso, que consideran valioso. Otros sí se afincan en el misterio que ese acto expresa y lo actúan conectándose a esas fuentes sagradas. Son los devotos en el sentido fuerte de Francisco de Sales: los que expresan hondamente el amor². Otros finalmente hacen turismo o les parece interesante asomarse a algo tan heterogéneo de lo científico-técnico y que, misteriosamente para ellos, atrae a tantos.

Como se ve, es imprescindible distinguir. En estos casos hablar genéricamente encubre la realidad y dificulta el procesarla. De ese análisis debería partir la evangelización de esas manifestaciones, a la que se refieren en muchos textos (p.ej. 457,946) y que, si no toma en cuenta estos puntos de partida, no logrará muchos resultados. Si no se parte de la realidad concreta, que es diferenciada, o se quebrará la caña cascada y se apagará el pabilo que humea o serán solo recomendaciones inoperantes. Ahora bien, requiere mucho amor concreto a las personas específicas para hilar fino en este punto. Pero, si lo hay, se puede hacer porque el amor es perspicaz.

Un aspecto que habría resultado fecundo si se hubiera llevado a la práctica, no epidérmicamente sino en un diálogo a fondo entre las formas establecidas y lo más valioso de lo simbólico del catolicismo popular, es la reforma litúrgica para que exprese el misterio cristiano en esos moldes, transformándolos en lo que fuera necesario. Por eso expresan la necesidad sentida y la oportunidad de revivificar la liturgia actual: “Se siente la necesidad de adaptar la Liturgia a las diversas culturas y a la situación de nuestro pueblo joven, pobre y sencillo” (899). Porque “la religión del pueblo, con su gran riqueza simbólica y expresiva, puede proporcionar a la liturgia un dinamismo crea-

2. Introducción a la vida devota. Palabra, Madrid 2001, 34-35.

dor” (465). Más aún, asientan que estas adaptaciones son indispensables: “Las adaptaciones previstas en la Sacrosanctum Concilium y en las normas pastorales posteriores son indispensables para lograr un rito acomodado a nuestras necesidades, especialmente a las del pueblo sencillo, teniendo en cuenta sus legítimas expresiones culturales” (926).

Esta revivificación de la liturgia habría sido el índice más elocuente de hasta qué punto la institución eclesiástica latinoamericana se encarnó en nuestro pueblo. Pero esa encarnación no se dio en la medida necesaria o, tal vez, iba por buen camino y el Vaticano impidió que cuajara, tanto con prohibiciones expresas como nombrando obispos que no iban en esta onda.

Ahora bien, si en el tratamiento de las manifestaciones multitudinarias de la piedad popular han acudido a la interpretación culturalista, en el sentido de que serían manifestaciones de una manera de vivir ancestral, no tiene sentido que naturalicen eso que es vivido como costumbres: “La Iglesia tendrá mucho empeño en educar en la fe cristiana al pueblo sencillo, naturalmente religioso, y preparará en forma adecuada para la recepción de los sacramentos” (157). Los seres humanos no somos seres naturales como son los demás animales. Somos seres históricos. Y si no somos sujetos de la historia, los que sí son sujetos nos irán configurando a su conveniencia. Ahora bien, hemos insistido que el documento reconoce indirectamente que lo pobres con espíritu sí son sujetos que viven la vida histórica desde su autenticidad. Sin embargo, no creo que los pobres con espíritu se distingan por su participación en esos eventos. Desde ellos se ponen de relieve, como hemos visto en los documentos, otros aspectos más medulares. Sin de ningún modo despreciar éstos que expresan la identidad de pueblos y a través de los que no pocos expresan tal vez lo mejor de sí.

3. PUEBLA EN LA ONDA DE MEDELLÍN

En el análisis ha aparecido claramente y así lo hemos hecho notar reiteradamente la continuidad fundamental de estos textos de ambas conferencias. Puebla sería así el desarrollo de Medellín recogiendo los frutos de esos años tan fecundos. Me refiero a los textos que hemos comentado que recogen lo que expresa la conferencia sobre la situación del pueblo pobre, sobre lo que revela esa situación de pobreza del orden establecido, sobre lo que hay que hacer para arribar a una situación superadora, que exprese estructuralmente la fraternidad cristiana, actualmente negada.

Desarrolla particularmente lo que han avanzado los sectores populares en toma de conciencia, en aprendizajes y en organización. También se refiere a lo que la Iglesia ha hecho por ellos y ante todo a la toma de conciencia de que Dios toma la opción por ellos, de que Jesús fue uno de ellos que llevó a cabo la salvación de todos desde su lugar social y de que se lo encuentra en ellos y que nuestra actitud con ellos decide nuestra suerte eterna. De ahí, su opción por los pobres con miras a su liberación integral. Una opción que decide la calidad de nuestro cristianismo. Por eso, tantas líneas de acción al interior de la Iglesia y respecto de la sociedad y más todavía la constatación gozosa de lo mucho que se ha llevado a cabo desde Medellín. Pero, sobre todo, la determinación de que en todo lo que se lleve a cabo el pueblo tiene que ser sujeto. Y por eso su decisión de apoyar las comunidades de base.

Como se ve, en esos textos, Puebla es la reafirmación de Medellín, su desarrollo maduro. Es que los que los elaboraron fueron los mismos u otros en la misma onda.

Respecto de la religión del pueblo la situación es más compleja. Ante todo, en ambas conferencias hay textos medulares que no solo casan completamente con la caracterización del pueblo que hemos visto, sino que lo concretan, que hacen ver el secreto de esa toma de conciencia y de ese resurgir y de la humanidad tan cualitativa que entraña. Así pues, respecto de la manera concreta como vive el pueblo pobre su cristianismo, Puebla sería también el desarrollo de Medellín, porque en esos once años también se había cualificado ese modo de vivir. Me refiero a cómo lo viven en la vida cotidiana, llenándola de sentido y de fecundidad en medio de su pobreza, muchas veces tan lacerante. Esa vida contiene realizaciones prácticas, pero también contenidos simbólicos que la vuelven sabia y gustosa. De ambos modos expresa el pueblo pobre su fe.

Pero además están las expresiones públicas, muchas veces multitudinarias. Son lo que podemos llamar devociones populares. En este punto sí se advierte una disonancia con lo dicho hasta ahora. Tendría que decir que es en lo único que no estoy de acuerdo con el documento de Medellín. Los autores de estos textos, que como hemos visto, no son todos los que tratan de la religión del pueblo, sino sobre todo los que se fijan en lo devocional público, aparecen como gente modernizada de clase media. Nos referimos a lo que tienen de común la modernidad liberal y la socialista: verse como personas con un uso desarrollado, analítico y crítico, de la razón que, por eso, miran por encima del hombro al pueblo que no ha llegado a ese grado de desarrollo humano. Sus usos tradicionales no estarían suficientemente personalizados y respon-

derían visiones precientíficas del mundo y de las causas que operan en él. Por eso esa manera inveterada de vivir el cristianismo como visiones del mundo y usos recibidos no es buena portadora de la fe, que es siempre una relación personalizada. De todos modos, ambos documentos insisten que para evangelizar esta piedad popular hay que partir de ella porque en ella hay “semillas del Verbo” y elementos valiosos que quedan de la evangelización inicial.

Además de esta apreciación ilustrada de las manifestaciones, sobre todo públicas, de la piedad popular, que comparten textos de Medellín y Puebla, esta última conferencia contiene una línea que podemos llamar culturalista, preocupada ante todo porque la modernidad y más todavía en su fase globalizada, marginaba, más aún, descomponía y volatilizaba a la cultura tradicional latinoamericana, que para ellos tenía una impronta católica y en la que la institución eclesial tenía un puesto reconocido. Por eso, su defensa de esta cultura y su empeño en purificarla evangelizándola y reprimirla de manera que pueda resistir y expresarse plausiblemente en esta sociedad mundializada en la que estamos viviendo.

Claro está que se señala la contradicción entre que se llame un continente católico y sea la región del mundo en la que la brecha entre ricos y pobres es más honda, lo que significaría que el cristianismo no se ha expresado en la estructuración económica, social y política. La pregunta sería entonces ¿qué sentido tiene entonces decir que es un continente católico? El que la mayoría en los censos todavía se considere católico o el que aún las manifestaciones masivas más abundantes sean en actos de piedad católica ¿son índices suficientes de fe viva, si subsiste esta violencia estructural que configura una situación de pecado? El documento concede que el cristianismo se expresa ante todo en los marginados y oprimidos del sistema: en las mayorías pobres. Ellos serían, ante todo, los portadores de la cultura latinoamericana, tal como la caracterizan.

Lo menos que podemos decir es que resulta altamente paradójico afirmar que el sistema es anticristiano y que la cultura sí es cristiana y que sus portadores son, sobre todo, los excluidos por el sistema. ¿Es que pueden separarse tanto la cultura vigente y el sistema establecido? Eso solo podría sostenerse si el sistema se impone despóticamente, en contra de la voluntad de las mayorías. Pero en la mayoría de los países eso sucedía en democracia y donde había sistemas de Seguridad Nacional no se reprimían esas manifestaciones de cultura cristiana masiva ya que, por el contrario, sus gobernantes se llamaban cristianos y justificaban la dictadura para salvar a sus países del comunismo ateo. El documento de Puebla condena a estos regímenes. Pero queda sin ex-

plicar cómo puede llamarse cultura latinoamericana un modo de vida que no se expresa en las estructuras económicas, políticas ni sociales. A no ser que la cultura se restrinja a esas manifestaciones masivas no obstaculizadas por nadie. Pero el documento no cae en ese reduccionismo.

La explicación de esta paradoja está en que los redactores de los textos que hemos comentado al hablar del pueblo pobre y de su modo concreto de vivir en la cotidianidad su cristianismo son los de la línea de Medellín y los culturalistas son, en cambio, los que pretendieron que Puebla asumiera una dirección alternativa a la de Medellín. Éstos estaban en minoría y la asamblea, no queriendo ser sectaria, incluyó sus propuestas, matizándolas fuertemente. Por eso nosotros también hemos aceptado que las características más trascendentes de esa cultura cristiana latinoamericana sí se encontraban como impregnación ambiental y que no pocos las apreciaban como lo mejor de ellos mismos, aun en el caso de estar muy lejos de realizarlas.

4. ACTUALIDAD DE LO DICHO EN MEDELLÍN Y PUEBLA ACERCA DEL PUEBLO Y DE SU MODO DE VIVIR EL CRISTIANISMO

a) Desolidarizarse del orden establecido, denunciarlo y trabajar por construir una alternativa

Ante todo, hay que afirmar que su caracterización de la situación tiene hoy más vigencia que cuando se escribió. Hoy se ha agrandado la brecha entre ricos y pobres. Además de oprimir, se excluye masivamente. Hay, pues, más inequidad. Hay más violencia institucionalizada. Es más patente que la situación es de pecado.

Pero hoy la Iglesia no lo denuncia con la consecuencia de los que hicieron Medellín y siguieron expresándose en Puebla. Para ellos la denuncia no fue protocolar. Fue una verdadera desolidarización del sistema. Que por eso trajo hostilidad creciente, una campaña mediática consistente y persistente demonizando su posición e incluso persecución y hasta martirio. La hostilidad y persecución, con otros métodos, pero igualmente persistentemente, vino también del Vaticano, en el fondo porque creaba mala conciencia a su instalación en ella, y por lo que respecta al papa Juan Pablo II, que no participaba de esa instalación anticristiana, porque le vendieron con éxito la idea de que esa Iglesia estaba contagiada de marxismo y era buena conductora de él.

Hoy se puede decir que entre las figuras públicas relevantes solo el papa Francisco mantiene esta línea con una concreción que resulta insoportable

para los causahabientes del sistema y que por eso está crecientemente hostilizado en los medios. Pero también con una autenticidad evangélica que resulta muy difícil descalificar.

Hay que asentar que recoger las víctimas del sistema, por ejemplo, los emigrantes, los enfermos sin recursos y desasistidos, los ancianos desamparados, los huérfanos y otros niños abandonados y muchos más, como venimos haciendo los cristianos con una dedicación ejemplar, si simultáneamente no descalificamos el sistema que produce todos esos males y luchamos por instaurar una alternativa, somos funcionales al sistema ya que, corrigiendo sus disfuncionalidades, contribuimos a su consolidación. No puede apostarse solo a derrumbar el sistema. Hay que atender las necesidades impostergables. Pero es totalmente distinto hacerlo desde el sistema, que llevarlo a cabo desde su exterioridad y luchando además por una alternativa que atienda la raíz de esos problemas. Es el ejemplo luminoso que nos da el papa Francisco, que, aunque es pastor de toda la Iglesia, expresa a cabalidad lo mejor del catolicismo latinoamericano, del que venimos hablando.

Es un punto insoslayable que Dios nos reclama a través de estos hermanos mayores.

b) Opción por los pobres que defina nuestra vida y su calidad cristiana

El otro punto es la opción por los pobres como una postura vital totalizadora, como una expresión primaria de nuestro cristianismo que decide de su autenticidad y como una colaboración con ellos como sujetos, desde el llevarnos mutuamente en la fe, en la fraternidad cristiana y en la vida cotidiana. Es una opción preferencial, es decir, que no es sectaria, que mira al bien de todos y que por eso no excluye ni a los que excluyen. Y por eso busca su conversión para que pongan sus talentos y bienes a su servicio, porque solo cuando les vaya bien a los pobres nos irá bien a todos, es decir, nos humanizaremos en nuestra gestión económica, social y política.

La opción por los pobres se realiza mediante una relación mutua. Pero esa relación no podrá darse mientras no superemos la relación ilustrada que concibe que los pobres, aunque sin culpa, no tienen nada para dar y por eso se les promueve. Esta perspectiva en el mejor de los casos ve correctamente lo que uno tiene y los pobres no; pero es ciega para captar sus carencias y los bienes de los pobres. Es una verdadera gracia poder descentrarse y llegar a captar esas riquezas y enriquecerse con ellas, mientras damos nuestro aporte. La opción por los pobres se realiza como reciprocidad de dones.

Pero, dándose esta relación mutua con ellos, también se realiza dando la cara por ellos, haciendo todos los ministerios, por ejemplo, la educación de élites, desde ellos, como si dijéramos como representantes suyos, haciendo ver a los no pobres que eso lo hacen por amor a ellos porque en asumir esa perspectiva y esa solidaridad está su verdadero bien.

Es cierto que no falta gente que en ámbitos muy diversos realiza con alegría esta reciprocidad. Pero no está en el ambiente ni suele haber una inducción en ese sentido. La opción por los pobres, así entendida y vivida, es un gran aporte de estas conferencias generales. Dios nos está pidiendo que la asumamos como una gran bendición para nuestras vidas.

c) Encarnación en el mundo de los pobres como alianza vital que llega hasta la inserción inculturada

La opción por los pobres no puede ser entendida como una causa, es decir, algo que pone a valer nuestras vidas, aunque no está en nuestra cotidianidad, en nuestro mundo de vida, que juzgamos no especialmente relevante. Esta manera de concebirla forma parte de la división entre lo privado y lo público característica de la modernidad, que está causando tantos estragos. Tiene sentido la distinción, pero no la separación y menos aún la consideración de lo privado como algo de cada quien en lo que nadie tiene que entrometerse. Nosotros somos una unidad y siempre tenemos que proceder desde ese núcleo sagrado que es nuestra conciencia.

La opción por los pobres no puede considerarse como un asunto profesional o como una dedicación acuciosa de tiempo libre. Los documentos de Medellín y Puebla nos la proponen como algo globalizante, ejercido tan consecuentemente que llegue a caracterizarnos. Pero esto no será posible sin una encarnación en su mundo. Porque “ojos que no ven, corazón que no siente”. Sin esta cercanía vital la opción por los pobres es meramente ideológica o se reduce a la obra buena de un bienhechor. No es una opción personal. Los documentos señalan con alegría la proliferación de las comunidades de inserción de la vida religiosa y la existencia de los curas obreros y se proponen una redistribución del clero en sus diócesis que sea el índice más elocuente de dónde están sus preferencias como seguidores auténticos de Jesús de Nazaret.

Hay que decir con pena que las comunidades de inserción casi se han extinguido, que no se ha realizado esa redistribución del clero diocesano y que, aunque sí hay iniciativas de ayuda en el terreno, la encarnación solidaria en el medio popular e incluso la alianza vital con los pobres no es lo que da el tono

a nuestro cristianismo. Y, sin embargo, el pueblo hoy está más necesitado y abandonado que entonces. Claramente es algo que nos está pidiendo el Dios de Jesús.

d) Las comunidades de base y las comunidades eclesiales de base

Las comunidades de base, es decir, formadas entre los que están en la base de la pirámide social, empezaban a tomar cuerpo en tiempo de Medellín y los obispos vieron que ayudarlas a su consolidación formaba parte relevante de su ministerio porque era una forma muy radical y evangélica de superar esta situación de pecado e instaurar una sociedad más fraterna desde el fomento simultáneo de la personalización y la solidaridad. De Medellín a Puebla estas comunidades se multiplicaron con gran creatividad y fecundidad. Se puede decir que en ellas sobre todo floreció la auténtica democracia. Pero hoy, aunque no faltan, no dan el tono a sus ambientes y se les hace muy difícil sobrevivir, en parte por el desestímulo y la persecución del orden establecido, en parte por la cooptación de sus propuestas, presentadas y aun impuestas como las únicas realistas.

Hoy la gente popular y más la pobre vive mucho más desagregada y por eso más indefensa y desilusionada, gastando casi todas sus energías en sobrevivir. No falta, sin embargo, la convivialidad, que en esas circunstancias resulta verdaderamente heroica y es índice seguro de una personalización muy acusada. Pero no hay muchas organizaciones de base. Es claro que hoy "alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia" (Medellín, Paz 27) es una tarea pendiente para los que nos llamamos cristianos, una tarea que sin duda nos pide Dios, pero para la que es imprescindible esa cercanía vital de la que acabamos de hablar.

Hoy hay pocas comunidades eclesiales de base. Esa floración que constata Puebla pasó con el cambio de época y con el invierno eclesial y más particularmente con el abandono de la institución eclesiástica, ya que si las CEB son una alianza entre gente popular y no popular en el seno del pueblo y gran parte de la gente no popular se retiró, las comunidades decayeron. Además, no pocas no fueron de base y casi no fueron comunidades. Fueron más bien células de base de la coordinadora o, cuando no la hubo, del coordinador, desde el esquema, asumido inconscientemente, de la organización de las células de la izquierda. Es verdad que había más espontaneidad y contaba más la cotidianidad, pero también lo es que la programación y los materiales no

salían de ellas mismas sino de la coordinadora o del coordinador. Además fueron expresión de esa floración de comunidades de base que constábamos y a la vez núcleos generadores de ellas y de organizaciones populares. Ya hemos mencionado las causas específicas por las que este tejido fue disminuyendo.

De todos modos, fueron una bendición para la Iglesia y para la sociedad y más en concreto para el pueblo. En general los documentos de la Iglesia latinoamericana a muy diversos niveles han seguido insistiendo en fomentarlas; pero casi ha sido un saludo a la bandera porque no se han puesto las condiciones para que se desarrollen, que son los diversos aspectos que hemos ido mencionado, que no son aspectos sueltos que pueden cultivarse aisladamente sino que constituyen los diversos elementos de una sola matriz. Y esto creo que no acaba de entenderse.

Es cierto que hoy son más necesarias que nunca porque en el individualismo reinante ese “nosotros” es fundamental para que se expresen las personas y para que haya sociedad. Y más en concreto para que se exprese estructuralmente la fraternidad cristiana, para que haya Iglesia como comunidad de discípulos convocada por la Palabra para el seguimiento de Jesús en orden a establecer el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Por eso, asumiendo todo lo que hemos dicho, tenemos que abocarnos a formarlas y a formarnos en ellas.

Un aspecto que me costó muchísimo percibir es que las CEB, para que sean de varones y mujeres y de tres generaciones, tienen que ser de familias. Si no, acaban siendo de mujeres y de una sola generación.

e) La entrega de la Palabra al pueblo como tradición constituyente

Ambos documentos insisten que lo mejor que podemos dar al pueblo es la Palabra de Dios, sobre todo los evangelios. Ya hemos tratado el punto. En gran medida es una asignatura pendiente. La razón es muy clara: como institución eclesíástica y como laicos promovidos no nos definimos como oyentes de la Palabra. A pesar de tantas declaraciones desde el concilio, los evangelios siguen sin ser nuestro libro de cabecera. No los contemplamos como la historia viva de Jesús. No tratamos de hacernos presentes a lo que narran. No nos abrimos discipularmente a su conducción. Les tenemos miedo. No los llegamos a captar como buena nueva. Aunque impliquen negarnos a nosotros mismos y entregar la vida para salvarla. O porque implican eso mismo y no nos fiamos de quien nos invita a ese camino, que es el único que lleva a la vida. Nuevamente tenemos que decir que es el papa Francisco el que nos insiste constantemente en este punto y nos da el ejemplo.

Hay que decir que la entrega de la Palabra, sobre todo los evangelios, al pueblo es el único modo de que las CEBs no degeneren a la condición de células sociales o de apéndices de la institución eclesial. Ahora bien, eso solo se logrará si todos en la comunidad están como discípulos. Si el agente pastoral está como especialista, no escuchará la Palabra sino tratará de acordarse de lo que sabe acerca del pasaje leído y los demás tampoco escucharán al texto sino al que se presenta como su intérprete erudito. La oración comunitaria degenera a clase de Biblia.

Por eso el agente pastoral no tiene que asistir para ayudar al pueblo sino porque, como los demás condiscípulos, siente la necesidad de escuchar la Palabra para dejarse guiar por ella.

Esta lectura orante comunitaria de la Palabra, si es lo que debe ser, es acto de Tradición constituyente porque a través de él se edifica esa comunidad, que es célula primaria de la Iglesia. Las doctrinas o los ritos y devociones vienen después. Lo primero es la escucha discipular de la Palabra en la comunidad de discípulos para seguir situadamente a Jesús de Nazaret.

Creo que esto, no solo casi no se practica, sino que ni siquiera está claro para la mayoría, a pesar del Vaticano II y del magisterio constante del papa Francisco. Es una asignatura pendiente y necesarísima, que tenemos que discernir y practicar.

f) La interlocución continua con Dios, desde el discipulado con los pobres con espíritu, fuente imprescindible de personalización solidaria

Los documentos señalan la capacidad del pueblo para rezar, para la oración y el sentido simultáneo de la trascendencia de Dios y de su cercanía. Ya nos hemos referido a la interlocución continua con Dios que es la característica de los pobres con espíritu, la fuente de su sabiduría, de su paz y de su misericordia, la raíz de su personalización solidaria.

Es una invitación a actuarla. Se requiere a la vez conciencia de que uno no merece nada ante Dios y de que él nos concede que estemos ante él con libertad, como corresponde a verdaderos hijos en su Hijo Jesús. Si entramos por este camino nunca estaremos solos. Ni tampoco ensimismados. Siempre abiertos al mundo y a los demás y obviamente al querer de Dios, consentido sin reticencias a través de ese diálogo, como lo mejor para nosotros.

Desde el punto de vista de la renovación espiritual, tan necesaria hoy en día para todos y en primer lugar para los agentes de pastoral y en particular para los miembros de la institución eclesial, este de la interlocución con-

tinua con Dios es el mayor aporte que nos pueden hacer los pobres con espíritu. Y por eso este es el contenido más medular de la necesidad que tenemos de ponernos en el discipulado de los pobres. La inmersión en la cultura de la globalización con ese presentismo evanescente tiende a vaciarnos, a privarnos de referencias sólidas, de relaciones continuas que nos personalicen. Creo que la interlocución continua con Papá Dios, con el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, tal como la viven los pobres con espíritu en nuestra América y concretamente en nuestro país es el mayor antídoto contra la soledad y la mayor palanca para vivir constantemente en la realidad y acompañados, con una compañía a la vez indisponible y liberadora y por eso tremendamente personalizadora.

Ahora bien, los pobres con espíritu no dan clases, más aún, ellos son muy conscientes de sus carencias y no son proclives a andar recomendando y dando consejos. Si no hay una verdadera fraternidad que se exprese cotidianamente, no tendremos acceso a esa relación tan agradadora. La pregunta es, como en los demás casos, si queremos entrar por esa puerta.

Es claro que vivimos en otro tiempo, pero en él sí son muy oportunos estos aportes de Medellín y Puebla. Dios quiera que los aceptemos. Que nos solidaricemos realmente con nuestro pueblo y que estos pobres con espíritu lleguen a ser nuestros hermanos. Así pondremos todo el empeño en alumbrar una alternativa a esta situación que empobrece y margina y que por eso deshumaniza a quienes buscan solo lo suyo sin pensar en los demás.

Cediter

UCAB-ITER
CENTRO DE ESTUDIOS A DISTANCIA
Formarse para la vida – Estudios a distancia



INFORMACIÓN SOBRE LOS CURSOS

1. JUSTIFICACIÓN

La formación de los laicos debe ser gradual, integral, continua y progresiva: desde la catequesis inicial hasta la profundización en los misterios de la fe y la iluminación, desde la Sabiduría, de todo el saber humano. La formación, tiene que adecuarse permanentemente a las exigencias de los tiempos y preparar a los creyentes para el testimonio de vida (CPV, El Laico católico, fermento del Reino de Dios en Venezuela, N° 72).

2. OBJETIVO DEL CURSO

El Centro de Estudios a Distancia del ITER, en asociación con el Instituto Internacional de Teología a Distancia (IITD) de Madrid, ofrece con el Plan de Formación Básica, a los laicos comprometidos, la oportunidad de profundizar en el conocimiento de la fe que les lleve a potenciar una acción pastoral cualificada en sus Iglesia locales y a una presencia testimonial en la sociedad en que viven.

3. FORMACIÓN BÁSICA: Cuatro semestres.

Seminarios opcionales: Uno por semestre.

4. ESPECIALIZACIÓN: Dos semestres.

5. TITULACIÓN: Diploma en Formación básica pastoral.

6. RÉGIMEN ACADÉMICO

- Estudios a distancia mediante un texto para el autoaprendizaje y prueba de evaluación a distancia.
- Asesoría personalizada por correo electrónico, por teléfono o en la oficina.
- Tutorías mensuales, día sábado de 8.30 am a 1.00 pm según calendario.

7. INFORMACIÓN

En la oficina del CEDITER: teléfono 0212- 808 7526 (lunes a viernes de 9 am a 1 pm). Dirección: 3ª avenida con 6ª transversal – Altamira – Caracas. Correo electrónico: cediter@ucab.edu.ve.